

Psicoanálisis e (in)comunicación

El psicoanálisis ofrece una gama muy amplia de temas para reflexionar. En este artículo, el Dr. Mario Orozco, Director de la Escuela de Psicología, nos hace ver la importancia que ha tenido para la construcción de algunos elementos de la teoría psicoanalítica todo aquello que no se dice, lo que no se comunica. El texto corresponde a la conferencia impartida en el V Coloquio de Comunicación Educativa: *Los Medios de Comunicación en la Formación Cultural*, el día 18 de noviembre de 2004, organizado por la Jefatura de Comunicación Educativa de la Secretaría de Educación Pública.

Mario Orozco Guzmán

El establecimiento del concepto de inconsciente en Freud se va preparando en sus primeros encuentros con lo que podemos llamar un capítulo silenciado en la historia del sujeto. Freud construye dicho concepto en función de una experiencia incomunicada por sus pacientes, descalificadas como histéricas. Dicha experiencia se remite a un momento decisivo de la historia del sujeto ante el cual no se pudo disponer de palabras. Así es como se configuró lo que se designó como Trauma. El Trauma es la conclusión de un episodio seccionado de la historia porque en el momento de su ocurrencia el hecho le ganó a la palabra. El episodio se caracteriza de la siguiente manera:

- Ocurrió en la infancia. El sujeto al recordarlo lo puede situar en cierta constelación temporal.

- Sucedió en relación con un adulto, tan cercano que incluso hasta pudo haber sido el padre.

Dicho adulto, desde su posición de autoridad ejerció un poder sobre el sujeto.

- Este poder el sujeto lo significará después retroactivamente como de orden o sentido sexual. En su momento, dicho episodio hasta carecía de sentido.

- El sujeto recuerda la vivencia en la época de la pubertad con ocasión de un acontecimiento que conecta con el episodio infantil. El acontecimiento ulterior puede ser en principio y apariencia bastante trivial o insignificante.

- Antes de que el sujeto rememorase el episodio se puede afirmar que éste habitaba en el limbo de la perplejidad y la estupefacción. Pero, sobre todo estaba habitado por el silencio. El sujeto no podía hablar del mismo. El silencio de ese episodio desembocaba de alguna manera perturbadora en el cuerpo.

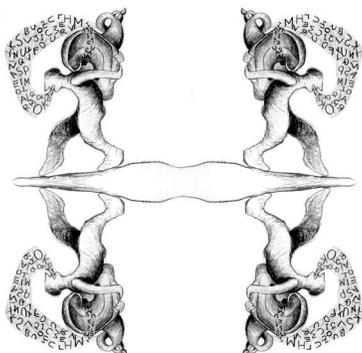
- Mientras estaba fuera del alcance de su palabra dicho acontecimiento seguía pesando como una carga abominable.

Freud no se detuvo bastante a pensar que esta clase de experiencia de incomunicación, que ocurría predominantemente con mujeres, se determinaba en buena medida por las condiciones socioculturales de éstas. No advertía que el discurso cultural –sobre todo el de índole religiosa –había siempre alentado en las mujeres la sumisión, su-misión de abnegación, de prudencia y silencio. Pero además éstas tenían en su contra el hecho de ser “niñas”, niñas-víctima del poder adulto-masculino. Como si se tratara de un esquema de doble indefensión, en función de los estereotipos de género, ante la autoridad arbitraria del adulto. De un adulto-hombre que abusaba de su poder en el plano del cuerpo, del cuerpo sexuado. Doble indefensión frente al doble poder de un hombre que imponía el silencio ante lo innombrable de su acto. La ideología genérica se sostenía en la premisa o imperativo de que los hombres dirigen hablando o hablan dirigiendo y las mujeres se someten en silencio. Bajo el tamiz de dicha ideología la relación entre mujer y secreto había quedado impregnada de malignidad –el mito de Eva con el acento transgresor daría cuenta de ello. En el caso del suceso traumático el peso de este secreto, de este silencio, impuesto por la voluntad de goce del adulto, reafirmaba la conexión de las mujeres con el mal. Silenciar la experiencia del abuso del adulto, silenciar el mal que ahí se insinuaba por el veto del silencio que se imponía, causaría precisamente un tremendo mal, incubaría los síntomas histéricos.

Freud se dio cuenta que ante el episodio, al que llamó núcleo patógeno, el sujeto se desdoblaba, se dividía. Una parte del sujeto se disponía a revelar hasta el último detalle la experiencia de sometimiento y abuso. Algo en el sujeto



empujaba bajo el relato hacia un encuentro fraccionado con la verdad. El sujeto debía comunicar cada uno de los recuerdos aledaños a la vivencia decisiva, debía recorrer todos los hilos de la trama del drama vivido. La comunicación parsimoniosa del suceso, comprometiendo el afecto que quedó ahogado durante la impresión, aportaba una catarsis liberadora. Pero otra parte del sujeto se oponía a emprender esta rememoración. Se resistía a comunicar una experiencia que le aportaría un saldo de dolor, vergüenza o ignominia. Una parte quería saber, y por ello asumía la exhortación de Freud a hablar sin escatimar en cualquier tipo de ocurrencia que acudiera a la mente. Otra parte no quería saber nada de ese acontecimiento, de ese legajo histórico. Por ese motivo enajenaba su ser de la historia. De este modo, Freud estableció que la división es inherente al ser humano.



«Cargando mis palabras» N.O.V.A

Una sección se propone guardar en silencio ciertos segmentos históricos, otra sección pretende relatarlos, historizar al sujeto en su presente. Ahí descubrió Freud lo inconsciente. Señaló que constaba de lo que denominaba representaciones-cosa. Constaba de cosas que ocurren para las cuales nos faltan palabras. Se trataba de cosas silenciadas, incomunicadas. Sólo cuando se les agregan las representaciones-palabra del sistema preconscious pueden pasar a su reconocimiento esas cosas en principio mudas. No porque carezcan de palabras, dichas cosas están absolutamente fuera del lenguaje. El ser-en-el-mundo está configurado, constituido por su atravesamiento por la palabra. Desde antes que un niño venga al mundo ya habita en el lenguaje cuando sus padres lo toman como motivo de conversación, de palabra entre ellos o para ellos. Antes de que un niño se comunique como sujeto, ya es tomado como “asunto” de comunicación. Eso le favorece. Le ayuda que sus padres se comuniquen con él

desde que está en el vientre materno. El hecho de que sea asunto, motivo, causa, de comunicación, le confiere el estatuto de sujeto. Si se le habla, si se le dirige la palabra es porque virtualmente ya es destinatario de comunicación, de palabra, y ya es potencial emisor de palabras. Lo que (le) ocurre adentro nos dice algo. Nos dice una presencia, un testimonio de historia. Un bebé en formación, condenado al silencio, es condenado a muerte de sujeto, a la psicosis. Condenado a permanecer como cosa, cosificado.

Freud entonces descubrió que era importante proponer un tipo especial de comunicación en la experiencia de la cura. No se trataba de obligarlos a hablar, de presionarlos a hablar, como en un principio parecía ocurrirle. Había que dejar hablar al sujeto con la mayor libertad del mundo. Sin cortapisas. Pero también sin sugerirle ni imponerle temas. La apuesta era que el sujeto se diera la oportunidad de equivocarse... al hablar, de descubrirse como sujeto fallido. Entonces tenía que hablar sin pensar, sin un Yo que orientara el discurso. Una apuesta en realidad para muchos absurda. Pues la ideología de la relación médico-paciente siempre hacía que ésta estuviera regida por un discurso correcto y comedido. Freud subvierte el sentido de la operación comunicativa. En principio no se trata de que el sujeto le hable a él como autoridad. Se trata de que el sujeto diga lo que se le ocurra. Que diga lo que sea que aparezca en su mente aunque le resulte risible, tonto o impertinente. Esta propuesta para el dispositivo analítico no funciona en el mundo social que regula la comunicación en función de la política de cuidar, de esmerarse en cuidar lo que se dice. Se dice que el pez por su boca muere. En el dispositivo analítico no hay política que valga, que se imponga a la comunicación. En la comunicación analítica el sujeto habla para dirigirse a él mismo, a su historia, para preguntarse por sus silencios, para preguntarse por su deseo. En la comunicación analítica se cuestiona hasta dónde el sujeto no es consecuente con lo que su palabra ha prometido y comprometido.

De esta manera, Freud diseñó una serie de categorizaciones del inconsciente como lugar donde la historia, *mi historia* guarda silencio, para hablar por otro lado, en mis neurosis, en mis pasiones, en mis sueños y en mis acciones fallidas. Porque el inconsciente al insistir en hacerse reconocer, tiene que ligar con el lenguaje, hacerse representar por palabras que digan algo de lo que quiere. Por eso el inconsciente es deseo, ¿de qué? No se sabe, porque no tenemos certeza de lo que el deseo quiere. No es casual el



hecho de que Freud pase del tema inconsciente al tema sexualidad en su trayectoria epistémica. Es que para él la sexualidad es inconsciente en su naturaleza y estructura. No sabemos lo que apetecemos inconscientemente. Pero también Freud señalaba que si el inconsciente es silencio del deseo, la sexualidad es silenciada pronto por los diques de la moral, la vergüenza y el asco. También la sexualidad es silencio. Constituye el horizonte constante de lo mudo. De eso no se habla. Y cuando se habla se cae en hipocresía y falsedad. Si la sexualidad es inconsciente, el inconsciente es sexualidad, es sexo incomunicado, mudo, que aspira al placer.

Escuchando a la palabra desenvuelta, libre de coerciones, Freud descubre, la parte virtuosa, fecunda, del silencio, del silencio de la escucha. Dejando hablar es posible que se envalentone la palabra del sujeto, que se atreva más y cuestione todos los ámbitos de poder que lo dejaron en gran medida incomunicado. El silencio de la escucha supone de parte del analista la renuncia al poder, al poder de dirigir y encauzar a su analizante, mediante el sortilegio de sus palabras. El analista no tiene nada que comunicarle al analizante. No es una conversación, no es un diálogo de tú a tú. Es una experiencia donde el analizante encuentra en el silencio del analista el corte o la resonancia de palabras que comunican migajas de verdad.

La última reflexión que despliega el desencuentro psicoanálisis-comunicación tiene que ver con las pulsiones de muerte. Freud se tropieza con la crueldad inscrita en el corazón del orden humano, en el dominio mismo del cuerpo. Se tropieza con una sede del mal o con una sed del mal en el sujeto. Las pulsiones de muerte operan silenciosas, mudas, sin decir nada, sin habla. Están más allá del principio del placer, repitiendo su demanda asidua de destrucción. Puestas fuera del sujeto actúan como agentes destructores del entorno, del otro. Pero también minan por dentro, laceran por dentro, al sujeto en su pretendida unidad. El sujeto instrumenta su cuerpo, los miembros de su cuerpo, armas de todo tipo, para trasladar hacia fuera esta potencia de mal que amenaza con destruirlo por dentro. Pero los estados soberanos, la política del estado soberano, instrumentan el cuerpo del sujeto en su sujeción a las pulsiones de muerte para encarar y desplegar sus estrategias de fuerza, violencia y dominio. Por eso es que se trata de hacer un llamado a la responsabilidad en sus connotaciones más críticas. El psicoanálisis no puede guardar silencio ante masacres cotidianas de este incipiente siglo del terror –asesinadas de Juárez, torturas, guerras del totalitarismo, sacrificio terrorista, vindicaciones del narcotráfico- invoca la responsabilidad en tanto se trata de dar cuenta de actos que subvierten o vulneran el valor de la vida humana. Como lo señala Jacques Derrida, en su texto “Estados de ánimo del Psicoanálisis” (2004):

“El psicoanálisis en tanto tal no tiene que evaluar o devaluar, desacreditar la crueldad o la soberanía desde un punto de vista ético. En primer lugar porque sabe que no hay vida sin la concurrencia de estas dos fuerzas pulsionales antagónicas. Se trate de la pulsión de crueldad o de la soberanía, el saber psicoanalítico en tanto tal no tiene ningún medio ni ningún derecho de condenarlas...sin duda, el psicoanálisis en tanto tal no produce o no procura ninguna ética, ningún derecho, ninguna política, pero retorna a la responsabilidad, en sus tres dominios, de tomar en cuenta el saber psicoanalítico” (pp. 71-72).

El psicoanálisis se dirige al saber político, al saber legal y al saber ético para que tomen en cuenta su propio saber en materia de responsabilidad. La crueldad,



«Un Beso»

Erandi Quintero

con todo y sus raíces pulsionales, está en función de la política, se encuentra altamente politizada y justificada legalmente. La política, la ética y el derecho, se sirven de las pulsiones de muerte para sus objetivos estratégicos. No comunican sus propósitos, que son los propósitos oscurantistas del expansionismo totalitario, no comunican sus obsesiones de poder, pero han enaltecido de manera no muy simulada, no en completo silencio, los valores de la muerte, o la muerte como valor supremo. Por eso es que también en este caso se trataría para el psicoanálisis, otra vez, de hacer hablar otros valores, el valor de la vida como un derecho que debería ser responsabilidad defender por la comunidad internacional.

BIBLIOGRAFÍA

Derrida, J. (2004). *Estados de ánimo del Psicoanálisis*. Argentina: Paidós.

